

SERGE I. ZÄITZEFF. *Algo de la experiencia americana. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Germán Arciniegas*. Compilación, notas y prólogo de... México: El Colegio Nacional, 1998.

LEONARDO MARTÍNEZ CARRIZALES  
Universidad Nacional Autónoma de México

## I

SERGE Zäitzeff, investigador de la Universidad de Calgary, es uno de los editores más constantes de epistolarios mexicanos. Gracias a su trabajo, tenemos a nuestra disposición varios documentos que contribuyen a precisar la imagen de una zona de la historia literaria mexicana. Nos referimos al periodo caracterizado por la personalidad y los hábitos de los miembros del Ateneo de la Juventud. Con lo anterior, no pretendemos desestimar el interés que el profesor Zäitzeff ha prodigado a escritores como Carlos Pellicer, sino subrayar el desarrollo de sus tareas documentales atendido a un proyecto de estudio que prueba su coherencia gracias a la disciplina con que la voluntad del investigador se ha centrado en un campo restringido, suficiente por sí propio.

La práctica profesional de Zäitzeff ha sido tan constante que en sus diversos productos puede advertirse un modelo. En *Algo de la experiencia americana. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Germán Arciniegas*, este modelo de lectura, interpretación y edición vuelve a cumplirse. Nos gustaría dedicar dos palabras a este respecto.

Uno de los rasgos del comportamiento profesional de Serge Zäitzeff más característico se advierte en sus anotaciones críticas. En éstas, Zäitzeff ha observado una actitud modesta, prudente en exceso: su presencia editorial se reduce a la identificación onomástica y bibliohemerográfica, referencias cruzadas entre epistolarios, breves y veloces dardos que pretenden situar en el tiempo y en el espacio un libro, un tema, un gesto... Zäitzeff pareciera atenerse a un código cuyo propósito fundamental fuese la divulgación de los materiales a un público abierto, a una prác-

tica de lectura no especializada. Así, el editor pronuncia pocas palabras y procura salir de la escena tan pronto como ha resumido en el prólogo las generalidades de los temas y las actitudes que comporta la correspondencia. De este modo, resulta comprensible la parquedad del comentario crítico y el silencio definitivo que se proyecta sobre la sustancia específicamente textual de las cartas.

Este modelo de trabajo rinde beneficios en cuanto a la “lectura documental” de una correspondencia. De acuerdo con esta perspectiva, la serie epistolar comporta datos que se ofrecen al lector interesado en precisar las circunstancias históricas de un hecho literario. El editor cumple su cometido, pues hace del dominio público documentos que terminarán por ocupar un sitio en la lógica de los acontecimientos sociales de un sistema literario. Sin embargo, de este procedimiento también se siguen algunos problemas que conviene plantear, todos ellos referidos a la índole textual del documento.

En los hechos, la “lectura documental” que el editor de epistolarios hace de su materia de trabajo subordina la serie de los textos a la serie social e histórica. Se trata de una subordinación que cancela cualquier proyecto de investigación de los mecanismos de producción de sentido que se llevan al cabo en el texto de una serie de misivas. A dichos mecanismos no sólo debemos la “inscripción” de las cartas en la historia, sino también —lo haga o no explícito el editor— su articulación como un tipo de texto único y coherente, sancionado por una norma social de escritura y aceptado por los hábitos de lectura de una comunidad. Nada nos parece más natural que el editor de un epistolario considerase como parte de sus obligaciones una investigación a este respecto, sobre todo cuando la índole de estos problemas inciden directamente en la constitución del texto que ha de ofrecerse al lector y, por consecuencia, en la estrategia de las notas y toda clase de paratextos de la edición anotada.

Nos parece necesario adoptar esta clase de consideraciones críticas en la edición de epistolarios modernos, si es que no se quiere prolongar el dominio de la “lectura documental”. Una “lectura textual” abre el camino hacia un proyecto de investigación del sentido social que comporta una carta y un tipo de discurso como el epistolario, justo allí donde nues-

tra disciplina no puede ceder su identidad: la autonomía de los hechos de la cultura y de la literatura con respecto de los discursos construidos en los campos de la política, la historiografía, etcétera.

## II

La correspondencia entre los escritores Alfonso Reyes y Germán Arciniegas que el profesor Serge Zaïtzeff editó bajo el sello de El Colegio Nacional consta de 54 cartas y un memorando anexo a una de éstas. Además, el editor juzgó conveniente añadir un apéndice compuesto por ocho artículos que Arciniegas dedicó a la personalidad y obra de Reyes, publicados entre 1948 y 1977. La primera carta fue escrita el 13 de diciembre de 1935; la última, el 24 de julio de 1959. Todas ellas se encontraban en dos repositorios: la Capilla Alfonsina, sitio en el que reside la mayoría de los testimonios, y el Fondo Arciniegas de la Biblioteca Nacional de Colombia. El editor no da más información sobre el origen y las condiciones documentales de cada una de las cartas, de modo que el camino hacia un comentario textual de las mismas nos está vedado. Sólo una cosa es segura: la mayor parte de las epístolas fue redactada por Arciniegas.

Los 55 documentos fueron distribuidos en 15 apartados; cada uno de ellos corresponde a los años en que se registró alguna comunicación entre los escritores. Al margen de las últimas dos secciones (1956 y 1959), en las cuales se multiplican las breves y superficiales notas de cortesía con motivo de ciertas novedades editoriales, los documentos más sustanciales de este epistolario se reúnen en los apartados correspondientes a los años 1939, 1943 y 1950-1951, en virtud de la reducida pero sólida zona en que confluyen los intereses de Reyes y Arciniegas. Examinemos este asunto con algún detenimiento.

La serie de cartas que constituyen *Algo de la experiencia americana* se sustenta en el tema de América. No se trata de un americanismo declarativo ni defensivo, alimentado por el encomio de la raza, la lengua o los diversos capítulos étnicos de la región. Tampoco estamos ante un programa de reivindicación del continente frente a la civilización europea, por más que en algunos instantes el político y el funcionario público Arciniegas haga resonar esta clase de notas en su optimismo americanista. En

cualquier caso, Reyes se empeña en sostener el diálogo en una zona menos estridente y más austera del discurso: aquella en la cual se dirime la posición geopolítica de América en un periodo que corre, por lo menos, de 1936 a 1945. Esta diferencia en la perspectiva de ánimo de los responsables determinará una barrera entre ambos que Arciniegas no podrá vencer ni Reyes querrá disminuir. Contra lo que el profesor Zaitzeff afirma en el prólogo a esta edición, la relación entre Reyes y Arciniegas observará una distancia infranqueable.

Nos parece que el periodo al cual hemos aludido permite que la serie de cartas se despliegue ante nosotros como un documento único y coherente. Hubiera sido de gran ayuda que la edición del profesor Zaitzeff reparara en este hecho y dedicara sus comentarios críticos a la inscripción histórica de los textos que nos ocupan.

En un extremo del periodo, se perfila la Guerra Civil Española y una profunda crisis de los valores en que se sustenta la civilización política de Occidente; en el otro, la administración de la paz y el diseño de un nuevo orden de convivencia entre las naciones. En este escenario, Hispanoamérica desempeña un papel digno de nota en lo que respecta a las proyecciones simbólicas y discursivas generadas por la crisis. Ante el desastre de Europa, América se convierte en una tierra de promisión; los americanos tomarán sobre sus hombros la responsabilidad de preservar el patrimonio de la cultura de Occidente. A este marco general del discurso se atiene la razón política con la que América cumplirá sus tareas más urgentes. Los ejemplos más destacados de este fenómeno son las elaboraciones discursivas de Jaime Torres Bodet, subsecretario de Relaciones Exteriores y titular de la Secretaría de Educación Pública de México; y, por supuesto, las gestiones de Alfonso Reyes como consejero y delegado del Estado en foros internacionales, luego de su establecimiento definitivo en su país en 1939. Así, México se entrega a construir un puente de acuerdo y asistencia entre los Estados Unidos y el subcontinente; poco después, invierte buena parte de su crédito político en proyectar los intereses de los países hispanoamericanos en la reconstrucción y administración del orden mundial. Por ello afirmábamos poco más arriba que, lejos de una actitud meramente declarativa, la idea de América se perfila en este periodo so-

bre un escenario de necesidades políticas. Como pocos, Alfonso Reyes contribuyó a definir ese perfil; este epistolario, sin depararnos ningún dato inesperado, es una pieza más para la investigación del tema.

El primer dato significativo de la relación establecida por Alfonso Reyes y Germán Arciniegas es la invitación que el segundo hace llegar al primero a fines de 1938 con el propósito de que acepte colaborar en la *Revista de las Indias*. “Nosotros queremos que sea ésta una gran publicación de nuestro continente y yo quiero rogarle que nos acompañe colaborando con ella” (GA / AR, Bogotá, 15 de diciembre de 1938, 7). De acuerdo con la información del profesor Zaitzeff, este órgano había sido fundado en junio de 1936 como una consecuencia del establecimiento de la Asociación de Escritores de América y España. El proyecto periodístico también comportaba la edición de libros y, gracias al subsidio del gobierno colombiano, pretendía asegurarse la salud financiera. Arciniegas buscó con empeño la contribución de Reyes; éste respondería regularmente a partir de 1939 mediante sus artículos y el capital simbólico que le era propio en la posición internacional de América.

A continuación, cabe destacar que Reyes y Arciniegas se encuentran por vez primera en La Habana, en 1941, con motivo de la II Conferencia de Cooperación Intelectual, a la que ambos habían asistido como representantes de sus respectivos países. La carta correspondiente a 1941 rinde testimonio de este asunto (23). El patrimonio institucional de esta clase de actos, y el capital intelectual que de ellos se deriva norma los hábitos y los contenidos del trato de Reyes y Arciniegas. Como lo tenemos dicho, su comunicación no rebasará los límites de los intereses americanos.

En este sentido apunta la voluntad de Germán Arciniegas, profesor visitante de la Universidad de Chicago en 1943, al buscar que Alfonso Reyes quede incluido en el libro que a la sazón preparaba “sobre nuestra América, en donde quiero recoger unas veinte o veinticinco piezas antológicas que al propio tiempo que den una información de nuestro mundo a los americanos del Norte, les pongan en contacto con sus escritores”. (GA / AR, Chicago, 29 de enero de 1943, 27).

Quizá el momento más notable en esta relación sea el que corresponde a los años 1950 y 1951 del epistolario. En ese tiempo, Arciniegas con-

cibe la idea de organizar en la ciudad de México un congreso de escritores en favor de la libertad de la cultura, a imagen y semejanza de las reuniones celebradas poco antes en Berlín y Bruselas. Según su propio dicho, Arciniegas había contraído en la capital de Bélgica el compromiso de unir a la comunidad intelectual de latinoamérica con el movimiento de los intelectuales europeos en contra de los totalitarismos. Arciniegas confía a Reyes su cometido con el objeto de allanarse el camino de México; sin embargo, el escritor mexicano recibe con escepticismo la iniciativa, y aun intenta retrasarla y reformularla en busca de la “posibilidad y éxito prácticos”, y no sólo “del puro ideal”. (AR / GA, México D. F., 29 de diciembre de 1950, 69). A contrapelo de esta advertencia, el colombiano se obstina. El congreso se llevará al cabo a pesar de estas actitudes encontradas.

Este desacuerdo de los temperamentos se condice perfectamente con el escenario sobre el cual se desarrolla el trato de Reyes y Arciniegas; escenario que reproduce los polos entre los cuales se debate la inscripción histórica de estos documentos. Por un lado, la serenidad práctica del ex ministro Reyes; por otro, el idealismo optimista del político Arciniegas. Los extremos de la posición de América. La serie documental que comporta el epistolario *Algo de la experiencia americana* habla a sus lectores desde este territorio.